

■ sobre *Farrebique*, de Georges Rouquier

farrebique

(Publicado en la revista *Conquêtes*, marzo–abril 1947)

Viva *Farrebique*

ANDRÉ BAZIN

«¡El público no va a ir a verla!», decían. Se dijo lo mismo de **La batalla del riel** [*La bataille du rail*, 1946, de René Clément], y un gran cine parisino cometió la imprudencia de negarse a exhibirla por ese motivo. Se dijo lo mismo de **La última oportunidad** [*Die Letzte chance*, 1944, de Leopold Lindtberg], que un cine pequeño estrenó asumiendo los riesgos.

Pero el público no pensó mismo. El film de Clément y el de Lindtberg fueron dos sólidos éxitos comerciales del año pasado.

En lo que se refiere a **Farrebique**, vayan y vean. Las «Casandras» de la exhibición cinematográfica, los comerciantes que conocen «lo que les gusta al público», pueden meditar ante las interminables colas frente al cine donde la exhiben. El público se precipitó a ver la granja de **Farrebique** como si hubieran ido a buscar medio kilo de manteca, o algunos kilos de tocino. [Acababa de terminar la guerra y había escasez de alimentos en Francia en momentos en que Bazin escribe este texto.] Pero me parece que no se ve nada de manteca en **Farrebique**, y todos los cerdos caminan por el patio.

Los escépticos dirán quizá que la enorme publicidad que precedió al film (publicidad por otra parte desinteresada y de la cual la crítica cinematográfica es, para su honra, responsable) pudo atraer una multitud, pero que quizá esa multitud se va decepcionada por lo que ve, y por otra parte no se sabe si lo que más la atrae es el film de Rouquier o el dibujo animado de Walt Disney que lo acompaña.

Pero no. Vi **Farrebique** tres veces. Las dos primeras en una sala con un público formado por invitados: periodistas o técnicos. Me gustó y la admiré, pero confieso haberla comprendido mejor en la tercera proyección, en medio de un público popular cuyas

Pero es cierto que la lectura, aún desordenada, de algunos de los escritos de Bazin que no se conocían, revela aspectos de su teoría que pueden sorprendernos: por ejemplo su carácter acentuadamente polémico, militante.

Tomemos el caso de **Farrebique**, de Georges Rouquier. Bazin lo nombra en 24 textos y lo hace en una conferencia, además hay dos momentos en que publica varios textos sobre **Farrebique**. En septiembre-octubre del 46, cuando **Farrebique** es dejada fuera de la selección que participará en el Festival de Cannes, donde solo será proyectada extraoficialmente, y en marzo-abril del 47, cuando es estrenada. Escribe, en los dos casos, cuatro textos muy polémicos sobre **Farrebique**, en los que discute las críticas que se le hacían a **Farrebique** en ese momento. Uno de los textos tiene por título «Viva *Farrebique*» —como se puede apreciar, todo un programa— el otro «*Farrebique* o la paradoja del realismo», ambos son presentados aquí, por lo que sabemos, por primera vez en español.



André Bazin ■

reacciones me aclararon el sentido profundo de esta obra original. Si tuviera que hacerle un reproche a Rouquier no sería el de no haberse preocupado por los gustos del público, sino que más bien sería el haberlos comprendido demasiado.

Tan paradójico como pueda parecer, este film sin actores y sin historia, destila una demagogia sutil que despierta en la conciencia del espectador, más allá de las fáciles seducciones habituales, un interés imprevisto por la menos seductora de las imágenes: la de la realidad.

Es incontestable mérito de Georges Rouquier, de su coraje y su audacia, y al mismo tiempo un rasgo de su genio, haber comprendido que en el cine, nunca se muestran las cosas tal como son. Es lo propio de toda obra de arte traspasar la realidad —y el cine no escapa a esta regla—, pero la transposición cinema-

tográfica tiene el privilegio de poder, mejor que la literatura o la pintura, por ejemplo, respetar la materia prima de la realidad.

El cineasta simula servirse de lo real tal cual es, tal como puede registrarlo el ojo objetivo de la cámara, pero para organizar el mundo imaginario y verdadero de su film.

Se creía que esa era la situación de los documentales puros o aun los films de ficción con un fondo documental, como producen el cine inglés o el ruso.

Farrebique no es el primer film sobre la vida en el campo, no es el primer film sin actores profesionales, pero **Farrebique** es quizá el film que más se acerca a la realidad.

Todos hemos visto en la pantalla manzanos en flor, un perro que corre en la nieve, el barro de los caminos de tierra, los campesinos cosechando. Pero sin que nos diéramos cuenta, y quizá sin que el cineasta se diera cuenta, todas esas realidades habían sido elegidas y transpuestas, dramatizadas, adornadas con una belleza anecdótica que nos ocultaba la verdadera sustancia de las cosas.

En **Farrebique** el barro que es aplastado por la rueda de un coche fúnebre no es otra cosa que barro, un charco que aprisiona un poco de agua gris en la que el cielo no alcanza a reflejarse. Las ramas que se agarran al eje de un carro fúnebre durante el entierro del abuelo, es la propia realidad que se aferra a esas imágenes que han sabido serle tan fieles.

Si Rouquier, por primera vez, se animó a grabar directamente los diálogos de los campesinos y los ruidos auténticos de la noche —el registro sonoro es el terror de los documentalistas— es porque sabía que las ligeras imperfecciones de la técnica, o la torpeza inevitable de estos actores improvisados ante el mi-